

El principio del fin de una era

Jochen Thies

HELMUT Kohl ha ganado las elecciones al Parlamento. Pero si las apariencias no engañan, su gobierno será ineficaz desde el principio. Normalmente, la mayoría de diez escaños debería ser suficiente para la coalición de la democracia cristiana (CDU/CSU) y los liberales (FDP) en el Bundestag alemán. Willy Brandt y Helmut Schmidt también gobernaron con mayorías similares. Pero ahora es diferente: el 16 de octubre, Kohl cruzó la línea de meta con un socio que entró arrasándose. No es nada seguro que se vuelva a recuperar, porque en tres elecciones regionales celebradas paralelamente a la del Bundestag los liberales se quedaron por debajo del límite del cinco por cien.

Si continuara esa tendencia –y en la actualidad todo indica que será así– el final parlamentario del FDP llegará pronto. Si el próximo año no volviera a los parlamentos regionales de Renania del Norte-Westfalia y Hesse, empezaría también inevitablemente el debate en Bonn para ver cómo se puede salvar del final definitivo dentro de cuatro años. Es probable que el FDP, ante la certeza de su muerte, se suicide, con un cambio de rumbo hacia la izquierda en un intento de formar una coalición con el SPD y los Verdes. Esta llamada coalición-semáforo ya se ha probado con cierto éxito en el *Land* de Brandeburgo. Terminó prematuramente y cuando poco después se celebraron elecciones, los liberales ya no volvieron al Parlamento regional de Potsdam. El resultado electoral del 16 de octubre de 1994 supone una última advertencia para el FDP. Si no renueva sus programas y sus líderes, se producirá un cambio de coalición en Bonn en no más de dos años. Entonces, o llega la gran coalición de CDU/CSU y SPD, o la coalición-semáforo.

Rudolf Scharping, presidente del SPD, que inmediatamente después de los comicios se hizo elegir también presidente del grupo parlamentario del SPD, puede por tanto esperar tranquilamente la invitación de entrar en una gran coalición con los conservadores. Si eso ocurre dentro de dos años, es probable que Helmut Kohl ya haya entregado el testigo a un sucesor. Para entonces, llevará en su cargo más tiempo que Adenauer y posiblemente sólo pueda mantener la responsabilidad de gobierno en manos de la

Jochen Thies es redactor jefe del diario *Die Welt* de Berlín y consejero de POLÍTICA EXTERIOR.

CDU si se retira a tiempo. El sucesor podría llamarse Wolfgang Schäuble, siempre que lo permita su estado de salud, dañado tras el atentado sufrido poco después de la reunificación alemana, en el otoño de 1990.

Lo que es seguro es que la CDU/CSU sólo gracias a la actuación personal de Helmut Kohl fue el primer partido en las elecciones al Parlamento y obtuvo el 41,5 por cien de los votos en la segunda vuelta. El SPD consiguió el 36,4 por cien, el FDP el 6,9 y los Verdes el 7,3. La verdadera sorpresa de las elecciones se debió al PDS, organización sucesora del SED, el partido socialista unificado de la RDA. Gracias a sus cuatro escaños de la zona del "Gran Berlín" consiguió entrar en el Bundestag, porque si un partido consigue tres mandatos directos no se le aplica la barrera del cinco por cien. El 4,4 por cien obtenido por el PDS en toda Alemania supone 30 escaños en el Parlamento alemán. Hay muchos elementos que indican que este partido se ha instalado firmemente en el panorama político. Si es así, se perfila a medio plazo un viraje hacia a la izquierda en el país.

Otro hecho sorprendente es el mal resultado de los republicanos, el partido ultraderechista presidido por Franz Schönhuber, quienes sólo consiguieron el 1,9 por cien y parece que ya no van a desempeñar ningún papel en la política alemana. Su caída se había perfilado pocas semanas antes en las elecciones regionales de Baviera, donde no consiguieron superar el cinco por cien. Puesto que la mitad de sus votantes potenciales se encuentra en Baviera, su caída en la política federal estaba prácticamente anunciada de antemano.

A comienzos de año, Helmut Kohl aparecía todavía como perdedor seguro de las elecciones. En los sondeos de opinión, Rudolf Scharping estaba muy por delante. Pero, entonces, este hombre de 46 años parecido a Kohl en muchos aspectos cometió errores asombrosos. En un debate nacional sobre la presión fiscal a "los que más ganan", Scharping definió a este grupo de personas de forma que incluía a todos los trabajadores especializados y con ello a la antigua clientela electoral del SPD. En la elección del presidente federal, el 23 de mayo de 1994, el SPD volvió a equivocarse. Su candidato, Johannes Rau, salió derrotado. Pero si Scharping hubiera presentado a un candidato del este de Alemania —y estaba disponible un hombre sobresaliente, el profesor de teología berlinés Richard Schröder— los socialdemócratas hubieran podido lograr que fuera elegido presidente federal. Sin embargo, un cálculo de posibilidades estrecho de miras y centrado en la antigua RFA lo impidió, lo que dejó el camino libre para Roman Herzog, presidente del Tribunal Constitucional de Karlsruhe.

El siguiente golpe que encajó el SPD fueron las elecciones al Parlamento Europeo del 12 de junio de 1994. Sorprendentemente, el partido más fuerte fue la CDU/CSU y no el SPD, que había intentado convertir las elecciones en un plebiscito nacional. Con

ello se recompensaba, por fin, al canciller federal por su compromiso en la política europea. Las elecciones europeas tuvieron la misma función en 1994 que los primeros comicios regionales, en los nuevos *Länder*, de marzo de 1990. También entonces la CDU fue el sorprendente vencedor y también entonces Helmut Kohl consiguió convertir esa victoria en un éxito para el resto del año. Las cuestiones de política exterior ayudaron al canciller a pasar el verano sin dificultades. Los signos de una recuperación económica volvieron a acercar a la CDU a los alemanes orientales, pero desde luego también lo hizo la retirada de los rusos de Alemania después de casi 50 años que, junto con la despedida de los tres aliados occidentales en Berlín-Oeste, supuso, sin duda, un espectáculo que presentó al canciller como un hombre de Estado ante los telespectadores alemanes.

El cuarto mandato de Kohl

La coalición de CDU/CSU y FDP, gabinete sometido a una tensión máxima permanente desde la caída del muro de Berlín, ha retomado su trabajo con cansancio. No ha dedicado demasiado tiempo a discutir un programa de gobierno. No existen alternativas personales, o no se han tenido en cuenta porque Helmut Kohl necesitaba todos los votos para ser elegido canciller. Ha sido confirmado en su cargo por la mínima diferencia. La formación del gabinete no tuvo demasiadas sorpresas; hubo algunos cambios y los liberales se quedaron con dos ministerios menos. El socio de Kohl, el ministro de Asuntos Exteriores Klaus Kinkel, tuvo previamente que sostener una dura lucha ante el desafío del ex ministro de Economía, Jürgen Möllemann. Pero las retiradas del vicepresidente del partido, Schwaetzer, y del secretario general del FDP, Hoyer, tampoco hacen presagiar nada bueno para el futuro de los liberales. La crisis del FDP también obligó a Helmut Kohl a renunciar a los experimentos a la hora de formar gobierno. Incluso quienes estaban cansados de su cargo tuvieron que volver a su puesto. Kohl, que ya lleva 12 años en el poder —un pequeño milagro en una democracia regida por la televisión— desconfía de lo nuevo y también de las caras nuevas. Ante la clara mayoría del SPD en el Bundesrat, la cámara alta del Parlamento, el gobierno de Kohl tiene un margen de maniobra extremadamente limitado a la hora de legislar. Todos los proyectos importantes incluirán a la oposición; sin ella no se puede hacer demasiado. Tampoco se pueden esperar del quinto gabinete de Kohl grandes planes de reforma o una política muy innovadora. Probablemente, debido a la debilidad interna, el canciller buscará sus oportunidades en la política europea o la política exterior en general.

A Kohl sólo le queda un gran objetivo político además de la unificación interna de Alemania: hacer irreversible el camino hacia la Unión Europea. El canciller de la unificación alemana también quiere entrar en la historia como un gran europeo; no por

motivos egoístas, sino por convicción. Kohl, nacido en 1930, quedó marcado por la exageración del Estado nacional alemán, que con Hitler tomó un rumbo asesino. La generación del canciller federal tiene esa experiencia metida en los huesos. Pero el peligro de la generación de Kohl también es que Europa sea una especie de sucedáneo de ideología para los alemanes que hoy tienen entre 60 y 70 años. En cualquier caso, los alemanes más jóvenes tienen una visión más sobria de la cuestión europea. La reconciliación con Francia tampoco es su objetivo primordial, como ocurre en la generación de Kohl, quien además procede de una zona fronteriza con Francia.

Aunque la importancia dada a Europa disminuirá algo en Alemania en los próximos años, el nuevo gobierno federal tiene que adaptarse al hecho de que Alemania debe cumplir con su nuevo papel y responsabilidad internacionales. Tras la intervención de la Bundeswehr (ejército alemán) en una misión de paz de la ONU en Somalia, es probable que se produzcan nuevas intervenciones. Sin querer dramatizar la situación en modo alguno, hay que decir que los primeros féretros con soldados alemanes regresarán a casa durante este último mandato de Kohl. Con ello, el país se enfrenta a la primera gran prueba de resistencia desde el final de la Segunda Guerra mundial. Kohl y su gobierno son conscientes del peso de la responsabilidad. Pero la corriente esencial pacifista del SPD, que se ha hecho mucho más fuerte después de la marcha de Helmut Schmidt y los rodeos dados durante años por el FDP bajo su entonces presidente y ministro de Asuntos Exteriores, Hans-Dietrich Genscher, han aplazado el debate público sobre lo inevitable. Por eso, la intervención de la Bundeswehr fuera del territorio de la OTAN será una de las grandes cuestiones de los próximos años. En una campaña electoral extremadamente pobre en contenido, que fue arrastrándose sin ganas, el gobierno y la oposición prácticamente no trataron temas de política exterior ni de seguridad, lo que no deja de ser curioso en un país que acaba de alcanzar su plena soberanía y su capacidad de actuación internacional.

Si se contempla el resultado de las elecciones al Bundestag desde una perspectiva más amplia, se observa desgraciadamente que el foso entre los alemanes occidentales y los orientales no se ha cerrado, sino que se ha hecho más profundo. Mientras que Bonn está ahora gobernada por una coalición socialdemócrata ecologista, el PDS se ha convertido en el primer partido en el este de la antigua y nueva capital, Berlín. Los alemanes orientales, que en un primer momento parecieron aceptar el sistema político occidental, han descubierto su identidad. El voto al PDS no sólo significa una aclamación a los antiguos cuadros del SED, sino también una protesta de los jóvenes contra la mentalidad de la antigua República Federal.

Desde la reunificación, casi millón y medio de alemanes orientales han abandonado su lugar de origen y se han trasladado al

Oeste; en sentido contrario, sólo 350.000 occidentales se han mudado al Este. El nivel de sueldos y salarios del Este es todavía de sólo un 70 por cien del nivel occidental. Para crear más puestos de trabajo seguiría siendo deseable por algunos años una diferencia de salarios entre el Este y el Oeste, pero ésta es una idea difícil de transmitir políticamente. Además, los alemanes orientales son realmente pobres en comparación con sus parientes occidentales. El nivel de bienestar de los hogares germano-orientales es de sólo un 20 por cien del nivel occidental. Desde 1990 se han perdido en el Este millones de puestos de trabajo. Al menos, desde 1993 se crean más de los que se destruyen. Parece, pues, que lo peor ya ha pasado. Pero, según los expertos, todavía transcurrirán diez años hasta que surjan los "paisajes florecientes" que el canciller pronosticó un poco apresuradamente.

Sin embargo, Kohl fue una de las tres personas que estaban satisfechas en la noche electoral: había ganado las cuartas elecciones parlamentarias consecutivas y, sin él, la CDU habría perdido. Klaus Kinkel, el presidente del FDP, también parecía aliviado; no se había convertido en el enterrador de los liberales. El FDP ha obtenido una última pausa para tomar aliento. Rudolf Scharping también parecía relajado a pesar de la nueva derrota del SPD. Pero, al igual que Kohl en los años setenta, Scharping ha comenzado la larga marcha. Renunció al cargo de jefe de gobierno en Renania-Palatinado y se fue a Bonn. Su tarea principal consiste, de momento, en neutralizar a sus dos competidores más duros en el interior del partido: Oskar Lafontaine, del Sarre, y Gerhard Schröder, de la Baja Sajonia. Por lo demás, Kohl sólo teme como adversario en el SPD a Schröder, aunque éste tiene muchos oponentes en el partido. Esta lucha en el SPD también podría quedar decidida a finales del año 1996, un indicio más de la gran coalición que se perfila, y que en realidad habría sido necesaria transitoriamente nada más producirse la reunificación alemana.

Por lo que respecta al canciller, no se debería subestimar la libertad interna de este hombre. Kohl ha alcanzado todo lo que puede soñar un político. Es y seguirá siendo el canciller de la unificación alemana y probablemente el más importante jefe de gobierno de la República Federal después de Adenauer y por delante de Brandt y Schmidt, lo que le da libertad interna para determinar él mismo el momento de su retirada de la escena política. Kohl cree en Europa y defiende una fuerte relación trasatlántica con EE UU. No ha dejado de contar con los británicos como europeos y confía en el poder de aguante de John Major. 1996 será también el año de la revisión del tratado de Maastricht.

Hay, como vemos, muchas indicaciones del final del período de gobierno de Helmut Kohl. Pero todos los que le conocen saben que será sólo él, frecuentemente subestimado en su propio país, quien determine su despedida de la política. Recientemente, Roman Herzog afirmó que sólo se mantendría en el cargo durante

un mandato, es decir, cinco años. Kohl nunca haría una declaración semejante. Siempre da sorpresas. Y tal vez se retire cuando nadie cuente con ello.

Aunque la coalición de Bonn ha vuelto a ser confirmada por un estrecho margen, el panorama de partidos en Alemania está sumido en un profundo cambio a raíz de la reunificación. Con ello se ponen de manifiesto los inconvenientes de un sistema electoral que en épocas normales fue considerado especialmente justo porque suponía una mezcla de representación mayoritaria y proporcional. En la actual fase que atraviesa Alemania, sin embargo, la representación mayoritaria proporcional según el modelo anglosajón sería mucho más útil. Por supuesto, favorecería a los grandes partidos a costa de los pequeños, pero también daría lugar a mayorías claras. Numerosos políticos jóvenes se verían obligados a cambiar de orientación y trabajar en los grandes partidos que sufren una asombrosa carencia de líderes carismáticos. Al contrario que otros países occidentales, incluido EE UU, la generación de 1968, la que protestó contra la guerra de Vietnam, apenas ha producido líderes políticos interesantes. El tipo dominante es más bien un político de *aparato*, que sabe controlar a los clanes internos del partido, pero es incapaz de obtener mayorías.

Desde ese punto de vista, las elecciones alemanas también significan que, una vez más, no se ha producido el relevo generacional que el país necesita desde hace tiempo. Es perfectamente posible que en la política alemana se produzca un salto generacional y la generación del 68 no participe en el reparto de poder. Si así ocurriera, se pondría de nuevo de manifiesto la profunda desconfianza entre la generación de la reconstrucción alemana y la generación de la protesta. Dicho de otra forma: la generación del canciller se aferra al poder porque le preocupan los sueños posmaterialistas de muchos de los que ahora tienen 40 años. Eso también demuestra que Alemania todavía está muy lejos de la normalidad, que las fisuras en la sociedad alemana de este siglo han dejado huellas profundas.

Tal vez haya que buscar también ahí la causa del letargo general de la sociedad germano-occidental, que apenas está dispuesta a sacar conclusiones de la reunificación de 1989-1990. Pero hay otro motivo para dudar de que el gobierno de Kohl consiga modernizar la sociedad alemana precisamente ahora, al final de su existencia. Fue este gobierno el que en los últimos diez años no percibió una serie de cambios en Europa y en el mundo o no actuó en consecuencia. El talón de Aquiles del gobierno de Kohl fue que en su política social apenas se diferenció de un gobierno dirigido por el SPD. Pero en la actualidad, los costes del Estado del bienestar están fuera de control. Probablemente, sólo una gran coalición estará en condiciones de sanear ese sector.

En Alemania se han dado cuenta con retraso de que otros Estados se han adaptado hace mucho a una competencia interna-

cional más intensa. Estados Unidos empezó a hacerlo en la era Reagan y los británicos con Margaret Thatcher. Las grandes zonas de crecimiento nuevas están en la cuenca del Pacífico. Respecto al tamaño de la economía alemana, las relaciones comerciales con esa parte del mundo están poco desarrolladas. Como la mayoría de las relaciones económicas de la República Federal tienen lugar en el interior de la Unión Europea, los verdaderos cambios nunca estuvieron en el campo de visión.

Europa del Este

Un elemento agravante añadido es la situación en Europa del Este. Al este y el sureste de Alemania existen ahora países de salarios bajos como Polonia, la República Checa, Hungría y los Estados situados en la periferia de la ex URSS. En comparación con los sueldos que se pagan en esos países, los ingresos de los germano-orientales son ahora astronómicos. Pero en Alemania nadie está dispuesto a sacar las conclusiones correctas de estos drásticos cambios. Sin embargo, las consecuencias son previsibles: como los costes salariales, y sobre todo los no salariales, son demasiado elevados, se pierden muchos puestos de trabajo. Ya es seguro que incluso con una recuperación económica duradera no se recobrarán los empleos que se perdieron en los años ochenta. Así, está claro que la sociedad alemana debe cambiar si quiere sobrevivir ante la competencia internacional.

A pesar de la sorprendente inercia y del rechazo a adaptarse a la nueva situación, las fuerzas innovadoras en Alemania deben considerarse en último término más poderosas que las orientadas a mantener el *statu quo*. En ese sentido se pueden hacer dos observaciones. La primera es que Alemania se rige siempre a largo plazo por el modelo del libre comercio, con lo que está más cerca de la postura británica o norteamericana que de la francesa, de carácter proteccionista. La segunda, de igual importancia, es que Alemania será en la próxima década el motor de la ampliación hacia el este de la Unión Europea.

Se puede llegar a decir que esta ampliación hacia el Este es tan importante para Alemania que se tendría que defender incluso en solitario, aun cuando los demás miembros de la UE se opusieran. Pero como entre los acontecimientos favorables de 1994 en Europa están los resultados positivos en los referendos de Austria, Finlandia y Suecia, también han mejorado para Alemania las condiciones político-psicológicas para transmitir al resto de la UE la tarea de la ampliación hacia el Este. Por supuesto, es una situación difícil para los países mediterráneos de la Unión, entre los que también se cuenta Francia en cierto modo, porque España, Portugal o Grecia ya no gozan de la atención por parte de la UE que tenían hasta 1989. Pero es también cierto que una Europa occidental y septentrional que tenga y practique una política común respecto a los países del Este también podrá dedicar-

se a los problemas de la orilla sur de la cuenca mediterránea si fuera necesario. La Unión Europea se ve amenazada por dos flancos, por la emigración económica y el fundamentalismo político; por el Magreb igual que por el Este y por las fuerzas políticas rusas que pueden agrupar las consignas de un personaje como Vladimir Zhirinovski.

Alemania debe evitar un error repetido a lo largo de la historia de los últimos 200 años: buscar la reconciliación y las buenas relaciones con Rusia a costa de los habitantes de Europa central y del Este. La evolución de los acontecimientos en Rusia es imprevisible. Hay que contar en siglos y no en décadas si se apuesta porque esa enorme formación entre Europa y Asia se desarrolle en la dirección del sistema económico y democrático occidental. A ello sólo pueden ayudar grupos de Estados o grandes potencias, es decir, EE UU y Canadá, Japón y la UE. Alemania sola no tendría fuerzas y quedaría de nuevo en la situación intermedia entre el Este y el Oeste, en la que ya se encontró en el pasado tras el final del siglo XVIII y después de la caída de la Alemania de Hitler.

Esta vez Alemania debe ser el abogado de Europa del Este en Europa por motivos históricos y morales, pero también por la necesidad de crear una zona de relativa prosperidad económica y una estabilidad en la frontera oriental de la UE, algo que iría en interés de todos sus miembros. Alemania, incluso después de 1989, tiene su lugar seguro en Occidente. En cierto modo, ni en Alemania ni en Europa existe un centro en la actualidad: todos quieren ir hacia el Oeste. La pérdida del centro es la consecuencia de la era de los fascismos. El nacionalsocialismo representó su variante más radical, pero no se puede explicar por el marxismo-leninismo y su toma de poder en Rusia. Los objetivos de Hitler eran únicos y su meta, el poder mundial.

En los próximos años, la lucha por el libre comercio y la presión de la competencia desde Asia y Europa del Este tendrán como consecuencia que Alemania esté muy ocupada consigo misma. Parece imposible que surja un elemento poderoso en el escenario mundial. Es más probable que la política exterior y de seguridad mantenga un bajo perfil.

Es de temer que el conflicto de los Balcanes siga siendo un lastre permanente para la UE y que se añadan a él nuevos conflictos en la periferia de la ex Unión Soviética. Sin un papel director de Alemania no se podrá poner coto a ese tipo de conflictos. La argumentación, presentada por el gobierno federal, de que no se puede intervenir en un lugar por motivos históricos, era y sigue siendo errónea. Porque, si se mira el mapa de Europa de 1942, la Alemania de Hitler mantenía bajo su ocupación a casi toda Europa, con excepción de España y Gran Bretaña. Si es válido el argumento de que no debe pisar ningún territorio sobre el que haya puesto el pie un soldado de la Wehrmacht hitleriana, Alemania tendría que mantenerse al margen en todos los conflictos europeos del futuro.

Hay que sacar la conclusión contraria de la experiencia de la Alemania de Hitler y no dejar crecer a los pequeños dictadores. En 1991, la UE desaprovechó la oportunidad de intervenir militarmente en la ex Yugoslavia. Ahora que los norteamericanos se retiran paso a paso, se hace más acuciante el problema de lograr una identidad de defensa europea. De momento no parece que se pueda conseguir. Todavía son los gobiernos nacionales de los Estados los que deciden sobre la paz o la guerra. El conflicto de los Balcanes tiene, además, la característica fatal de que eleva la desconfianza entre, Francia y Gran Bretaña, por un lado y, por otro, Alemania. En cualquier caso, París y Londres todavía no han encajado la pérdida de importancia y de poder de 1989. Igual que Alemania, están a la búsqueda de su futuro papel. Los Balcanes empujan a los tres contra su voluntad a antiguas coaliciones y mitos polvorientos. Las constelaciones de poder de comienzos de siglo asoman a la vuelta de la esquina. Si no se consigue llevar la paz al escenario de la guerra, existe la amenaza de expulsiones y desplazamientos de la población a gran escala. ¿Quién está dispuesto en Europa a acoger a millones de refugiados de la ex Yugoslavia?

Para hacer frente a su responsabilidad internacional, Alemania también tendrá que aclarar algunas cuestiones básicas de política interior en los próximos cuatro años. Ya se ha mencionado el desbordamiento del Estado asistencial. Pero para que Alemania pueda dedicarse a Europa también tendrá que dominar su miedo a la tecnología y reducir el fundamentalismo ecológico bajo el que Alemania, como lugar de producción, está sufriendo desde hace unos 15 años.

En ese período, la construcción de carreteras y autopistas casi se ha paralizado. Es casi imposible construir centrales eléctricas o incineradoras de residuos. El automóvil, una importante fuente de divisas para Alemania, si no la más importante, es atacado por muchas personas, sin mencionar alternativas que puedan dar de comer a 80 millones de personas en un espacio reducido, sin riquezas geológicas de importancia futura, sin las ventajas climáticas del sur, sin la riqueza en productos naturales de los países del Mediterráneo. Por lo demás, el miedo a la tecnología también se hace sentir en el debate sobre el traslado de Bonn a Berlín y el desarrollo de ésta, para convertirla en una gran metrópoli europea. La experiencia de los alemanes con un Estado nacional y una capital es limitada. A ello se añade el terrible recuerdo del Tercer Reich. A Hitler no le gustaba Berlín, pero era el centro del régimen. Por eso, el recuerdo del Tercer Reich se une en la actualidad a sentimientos antiprusianos que siguen siendo fuertes en el oeste y sur del país, así como el temor y la desconfianza hacia la gran urbe. La cultura de la ciudad, dominante en Europa occidental, herencia del imperio romano, sólo existe en Alemania de forma limitada. El debate sobre Berlín está relacionado con resentimien-

tos semejantes. Pero parece que ya se han tomado las decisiones, por lo que se puede esperar que, independientemente de sus grandes problemas en el interior, Alemania siga siendo un socio fiable para los demás.

La persona de Kohl –y con ello se cierra el círculo de las consideraciones– es en cierto modo garantía de ello, no sólo por sus convicciones, sino también a la vista de la situación política en la UE. En muchos países, la inestabilidad política es mucho mayor o se perfila un cambio en el poder. Así ocurre en Gran Bretaña con el gobierno conservador de John Major, sacudido por las crisis, y también en Francia, que votará el año que viene un presidente del que dependerá mucho la estructura interna del país. Los Estados del Benelux están dirigidos por gobiernos de coalición que no tienen fuerza para mirar más allá de lo inmediato. Es dudoso que Silvio Berlusconi pueda permanecer en el poder por mucho tiempo; ahora mismo nadie sabe hacia donde se encamina el nuevo panorama provisional de partidos en Italia. En España, parece acercarse a su fin la era de Felipe González, comparable a las vividas en Gran Bretaña, Francia o Alemania. En Europa del Este, la euforia política ha desaparecido por el momento; con la excepción de la República Checa, los neocomunistas se han hecho con el poder en todas partes, porque es imposible para un gobierno democrático acabar en tres o cuatro años con la mala gestión de décadas de comunismo. Y si se mira todavía más hacia el Este, el caos parece aún mayor.

Los gobiernos actuales también son débiles en EE UU y Japón. El programa de reformas de Bill Clinton fue prácticamente despedazado por las elecciones al congreso de mitad de mandato. Probablemente, en los próximos dos años estaremos ante un presidente débil; esperemos que se vuelva algo más activo en política exterior. En China, que ideológicamente sigue aferrada a la época anterior a 1989, llegará como mucho un régimen de transición, por lo que también habrá más inseguridad que claridad.

Ante estas circunstancias, seguro que no es lo peor saber que en Alemania está en el poder un canciller respetado como hombre de Estado en Europa y en el resto del mundo, que conoce a todos los dirigentes. Kohl es el canciller de la unificación alemana y seguirá siéndolo. Todo lo que intente ahora en Europa lo hará desde la posición de un intermediario honesto. Es posible que para muchos intelectuales alemanes, este hombre cuyo aspecto externo recuerda a un oso, no sea el tipo de hombre político representado casi idealmente por Willy Brandt y Helmut Schmidt. Pero, en cierto modo, Kohl también es típico del país y sus éxitos electorales no se pueden explicar si no se parte de una identificación tácita entre electores y elegido.

Parece que, instintivamente, los alemanes se decidieron con él, por el centro y por Europa. Ni ellos ni Helmut Kohl podían prever que, entretanto, se produciría la reunificación. Pero, hasta ahora,

todo ha marchado bien en líneas generales. Los rusos han salido de Alemania, en cuya parte oriental estuvieron casi 50 años, 45 de ellos con un auténtico régimen de ocupación con gestos militares amenazadores. Kohl era y es una feliz coincidencia de normalidad para el país. Por supuesto, un período de gobierno de doce años, ahora tal vez de dieciséis, deja huellas. Pero los inconvenientes todavía pesan menos que la confianza que Helmut Kohl ha conseguido, especialmente en Europa, para la Alemania ampliada. Es probable que los electores alemanes tomaran el 16 de octubre de 1994 una decisión europea, desde ese punto de vista.

Las relaciones hispano-alemanas pueden calificarse como buenas. El contacto personal entre Helmut Kohl y Felipe González es de una confianza infrecuente para los políticos. Kohl nunca olvidará que el presidente español fue uno de los pocos que apoyó sin reservas la reunificación alemana. En Alemania se comprende la preocupación española por que la unificación de Alemania, la ampliación de la UE a Austria y Escandinavia y la política de estabilización para Europa del Este desplacen las prioridades en la UE. No se puede excluir que el futuro de la Unión se pudiera orientar en dos direcciones: un convoy de países mediterráneos, liderados por Francia, y un segundo grupo de Europa central y septentrional, en la que el papel director correspondería a Alemania, pero aquí no se desea una evolución semejante.

Pero la historia y la geografía siguen influyendo en la política y perspectiva mutuas. A pesar del turismo masivo que lleva año tras año a España a millones de alemanes, no hay una comprensión —fuera de círculos especializados— de los intereses del país ribereño del Mediterráneo que es España. La segunda gran zona de interés de España, Latinoamérica, está todavía más lejos. Por eso es importante una política española perseverante en Alemania, por ejemplo mediante intercambios culturales, para que se aprecie mejor en ese país la situación española. Una política así también incluye una actuación económica y cultural en los cinco nuevos *länder* orientales.

La intensificación de los contactos oficiales de gobierno desde los años setenta también se manifiesta en las cumbres germano-españolas que se celebran una vez al año desde 1983. La undécima cumbre germano-española tuvo lugar este año en Schwerin. En esa primera consulta de gobierno en territorio germano-oriental se trató de una política común de asilo y de refugiados, de medidas contra el terrorismo y también de la colaboración militar. Ambos Estados planean colaborar estrechamente en el euroejército.

Alemania ocupa el segundo puesto como socio comercial de España. En las inversiones directas también es uno de los socios más importantes. Más de 500 empresas alemanas están representadas en España con filiales o participaciones. Además, hay muchas pequeñas y medianas empresas constituidas en España y que sólo operan en ese mercado.

Todos estos inicios esperanzadores, entre los que se encuentra el aprendizaje del idioma alemán en los colegios alemanes en España y en los institutos Goethe de Madrid y Barcelona, no pueden ocultar que también las relaciones hispano-alemanas se han visto afectadas por las modificaciones en Europa desde 1989. La relación será tanto más estrecha y funcionará tanto mejor cuanto más desarrollen ambos socios una comprensión de los problemas fundamentales del otro: España de Europa del Este, Alemania del Mediterráneo y la costa africana, situada frente a España.

Pero, en conjunto, la actitud general de los alemanes hacia España es positiva. Se sigue con aprecio el avance de España desde mediados de los años setenta, el auge económico a pesar de la grave crisis, pero también el gran desarrollo artístico de España en el canto, la moda o la literatura. Así, no es casualidad que Jorge Semprún haya recibido recientemente una de las más altas condecoraciones alemanas, el Premio de la Paz de los libreros alemanes. La Segunda Guerra mundial acercó en muchos sentidos a españoles y alemanes de forma involuntaria y determinó destinos como el de Jorge Semprún. Ahora, con una situación muy distinta, se trata de hacer cada vez más estrechas las relaciones hispano-alemanas en una Europa en paz. Para ello, además de la economía, la cultura es el medio más adecuado. El aprendizaje del idioma del otro desempeña un papel clave en ese sentido. Sólo hay una comunidad de destino si, literalmente, se “entiende” al otro.